

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXV

Vinicio tampoco sabía explicarse lo ocurrido. El proceder de aquella gente que, en vez de vengarse, le trataba con tanta bondad y solicitud, lo atribuía, parte á la religión, mucho á Licia y un poco también á su alta posición social. Pero la misma conducta con respecto á Quilón le parecía incomprensible. ¿Por qué no le habían matado? Podían haberlo hecho impunemente, sepultándolo luego en el jardín ó arrojándolo al Tíber. En aquel tiempo, en que ocurrían todas las noches homicidios, frecuentemente cometidos por el mismo Nerón, el río lanzaba todas las mañanas sobre la orilla algún cadáver, sin que nadie diera la menor importancia al suceso. Según sus ideas, los cristianos no sólo podían matar á Quilón, sino que tenían el derecho de hacerlo. Verdad que en el mundo á que pertenecía Vinicio, la piedad no era del todo desconocida: los atenienses habían levantado un templo á la Misericordia y se habían opuesto á la introducción de las luchas de gladiadores en Atenas. En la misma Roma, alguna vez era agasajado el vencido, como Calícrates el rey de Bretaña, que hecho prisionero en tiempo de Claudio, vivió luego en Roma con entera libertad y provisto de todo lo necesario por el mismo emperador. Pero la venganza por una ofensa personal era, según la opinión de Vinicio, legítima y estaba autorizada, por lo cual el renunciar á ella le parecía ilógico y extraño. En el Ostriano, sin embargo, había oído decir que era necesario amar hasta á los propios enemigos, teoría que no podía aplicarse á la vida romana. Pensó si debía atribuirse la razón de tanta benevolencia á alguna fiesta que solemnizaban aquel día los cristianos y en que se les ordenaba no matar. Sabía que en algunos pueblos había épocas en que estaba prohibido promover guerras. Pero, en semejante caso, ¿por qué no entregaban á Quilón á la autoridad? ¿Por qué decía el apóstol que debía perdonarse siete veces al que, después de haber ofendido otras tantas, pedía misericordia? ¿Por qué Glauco había dicho á Quilón: «Dios te perdone, como te he perdonado yo?»

Y Quilón había ofendido á Glauco con crueldad sin igual. Vinicio, al pensar lo que hubiera hecho en caso parecido con uno que hubiese intentado matar á Licia, sentía arder la sangre en sus venas. Ningún tormento hubiera resultado demasiado cruel para su venganza. Y Glauco había perdonado, y Ursus había perdonado, Ursus á quien era muy fácil adquirir la dignidad de «rey del bosque de los Nemeos», matando al gladiador que la ostentase, como había matado á Crotón.

Todas sus dudas y reflexiones no encontraban más que una conclusión: lo habían perdonado por bondad, por un insuperable amor al prójimo, que les obligaba á olvidarse de sí mismos y á olvidar las ofensas recibidas, la propia felicidad, las propias desventuras y á vivir sólo por y para los demás. Del premio que esperaban por su conducta había oído hablar en el Ostriano, sin llegar á comprender el alcance de las palabras del apóstol. Consideraba como muy miserable una existencia con-

sagrada exclusivamente al bien ajeno, al cual sacrificaba las riquezas y los placeres. En aquel momento sentía por los cristianos, más que admiración, compasión y casi desprecio; le parecían ovejas que tarde ó temprano habían de ser devoradas por el lobo. Su carácter romano no podía apreciar á gente que se resignaba á todo. Recordó que, después de la salida de Quilón, la alegría irradió en todos aquellos semblantes, y que el apóstol, acercándose á Glauco y poniéndole la mano sobre la cabeza, le había dicho: «Cristo ha triunfado en ti.»

Glauco había levantado los ojos, lleno de gozo y de esperanza, como sintiéndose invadido de una felicidad sin nombre.

Vinicio, que no conocía más que la alegría y el placer que causa la venganza cumplida, había fijado en Glauco su mirada febril, como quien tiene delante de sí á un loco. Y reprimiendo un movimiento de ira, había visto á Licia poner sus labios sobre la mano de aquel hombre, parecido en todo á un esclavo. Creyó que el mundo había sufrido una completa transformación.

Ursus, al regresar, refirió que había pedido perdón al griego después de haberle dejado en la calle, indicándole el camino. El apóstol le bendijo y Crispo exclamó: «¡Este es un día de triunfo!» Vinicio no comprendía una palabra. Pero cuando Licia se le acercó para darle de beber, él, cogiéndole de la mano, preguntó:

- ¿Tú también me perdonarás?
- Somos cristianos y no debemos conservar rencor alguno.
- ¡Licia!, añadió él, cualquiera que sea tu Dios, yo lo adoro por ser el tuyo.
- Cuando lo conozcas, lo adorarás con toda el alma.
- Porque es tu Dios, repitió Vinicio con voz más débil.

Y cerró los ojos, vencido por la debilidad.

Licia salió de la habitación; pero, regresando muy pronto, se acercó al lecho para ver si el enfermo dormía. Éste, sintiendo la proximidad de Licia, abrió los ojos y sonrió. Ella puso dulcemente sus manos sobre los párpados de Vinicio, para ayudarle á conciliar el sueño; él creyó anegarse en una ola de felicidad; pero su estado no tardó en empeorar.

Se presentó la fiebre fortísima. No pudiendo cerrar los ojos, seguía mudo todos los movimientos de Licia.

De cuando en cuando caía en una especie de sopor, durante el cual, si bien veía y oía cuanto pasaba á su alrededor, la realidad se confundía á menudo con los fantasmas del delirio. Le parecía ver, dentro de un cementerio viejo y abandonado, un templo muy elevado á manera de torre, del cual era Licia la sacerdotisa. Colocada en lo alto, con una cítara en la mano, circundada de resplandores, semejava una de aquellas sacerdotisas que por las noches cantaban himnos en honor de la luna y que él había visto en Oriente. Él mismo, con gran trabajo, gateando por una escala de cuerda, subía á la torre para raptarla. Detrás de él, temblando de miedo, se arrastraba Quilón, que repetía continuamente: «Déjala, señor, que es una sacerdotisa: ¡Él se vengará!» Vinicio no sabía quién era ese *él*: creía que cometía un sacrilegio y le asaltaba horrible pavor. Y cuando llegó á la balaustrada que rodeaba la cúspide de la torre, apareció de improviso junto á Licia el apóstol de la barba plateada, exclamando: «¡No levantes tu mano sobre ella; me pertenece!» La cogió en brazos y se la llevó por un camino formado de rayos de luna y que parecía conducir al cielo. Él extendió los brazos, rogando al apóstol que le llevara también consigo.

En esto despertó, mirando en torno del lecho. Aunque la lámpara iluminaba débilmente la estancia, se distinguían perfectamente todos los objetos. Los cristia-

nos, sentados junto al fuego, se calentaban, pues fría era la noche y más fría la habitación en que se hallaban. Vinicio se fijaba en el aliento que cual humo salía de sus bocas. En medio estaba el apóstol: acurrucada á sus pies, sobre un escabel, vió á Licia. En torno de ellos estaban Glauco, Crispo y Miriam. En una esquina, algo apartado, Ursus, y en otra el hijo de Miriam, Nazario, un precioso muchacho de largos y negros cabellos.

Los ojos de Licia estaban pendientes de los labios del apóstol, hacia el cual volvían todos la cabeza. Vinicio contemplaba á Pedro con una veneración casi supersticiosa, pensando que el sueño que había tenido pocos momentos antes podía realizarse y que aquel anciano llegado de lejanos países podía arrebatarse á Licia y conducirla á lugares desconocidos. Cería que el anciano hablaba de él y que estaba preparando la huida de Licia. Le parecía imposible que pudiesen tratar de otro asunto. Reuniendo todas las fuerzas, procuró fijar su atención en las palabras de Pedro.

Se engañaba: el apóstol hablaba de Cristo, describiendo la escena del huerto, cuando el Redentor fué preso.

«¡No viven más que por ese nombre!, pensó Vinicio.»

— Vino una turba, dijo Pedro, de siervos del sumo sacerdote para apoderarse de Él. A la pregunta del Salvador «¿A quién buscáis?» respondieron ellos: «A Jesús Nazareno.» Pero cuando les dijo «Yo soy!», cayeron en tierra, no atreviéndose á poner las manos sobre Él. A la segunda pregunta, lo prendieron. La noche era fría como hoy, pero mi sangre ardía. Saqué la espada para defenderle y corté la oreja á un siervo del sumo sacerdote. Le hubiera defendido mientras me hubiera quedado una gota de sangre en las venas; pero Él me dijo: «Envaina otra vez tu espada. ¿No he de acercar á mis labios el cáliz que me ha enviado mi Padre?» Después de esto lo prendieron y lo ataron.

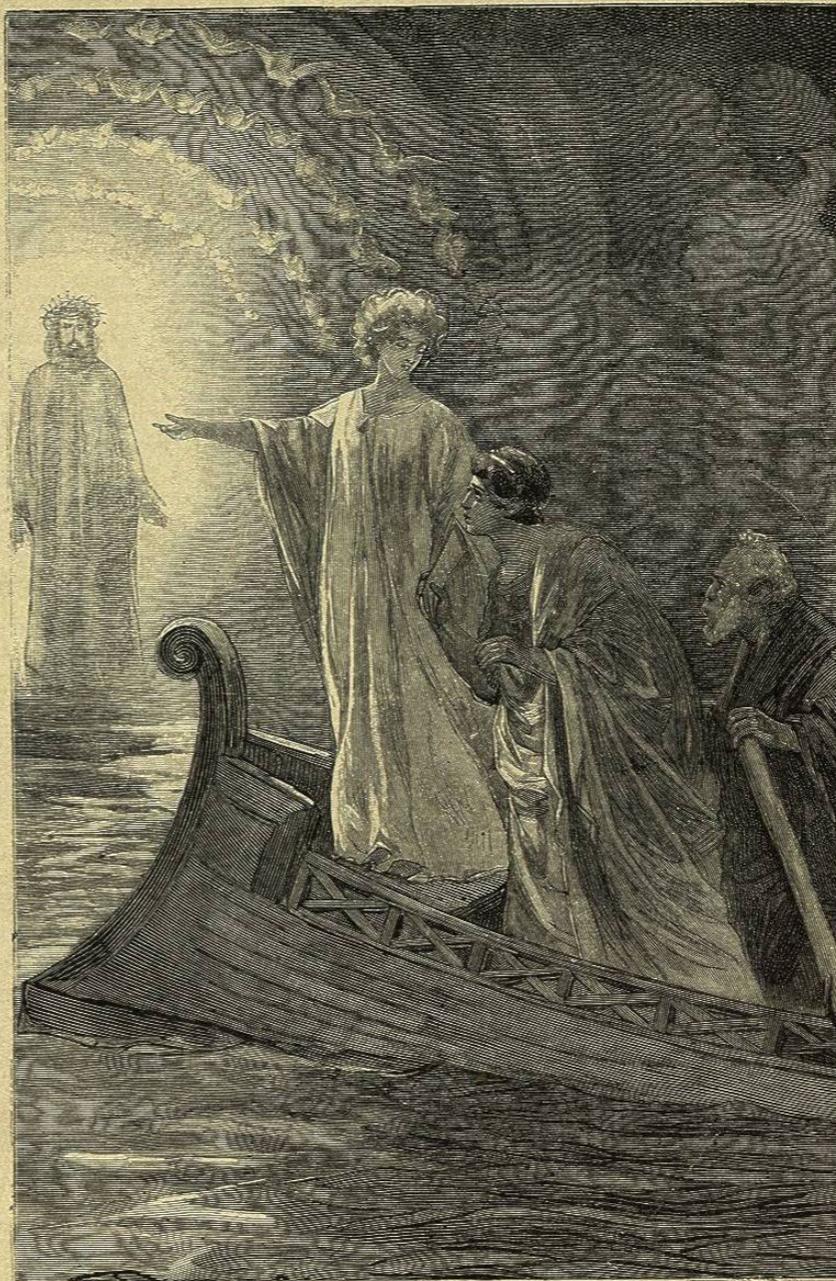
Pronunciadas estas palabras, Pedro se llevó una mano á la frente, como para poner un dique al torrente de sus recuerdos. Pero Ursus no pudo contenerse. Se levantó de pronto, y acercándose al fuego atizó la llama con tal ímpetu que se produjo una lluvia de chispas; luego volviendo á su sitio, dijo:

— Como quiera que hubiesen sucedido los hechos, yo...

No continuó, observando que Licia le imponía silencio con el índice en los labios. La respiración afanosa demostraba la lucha que Ursus sostenía interlamente. Se sentía dispuesto á besar los pies al apóstol, pero no le perdonaba aquel acto. ¡Oh!.. Si cualquiera, en su presencia, hubiese atacado al Redentor, hubiera destrozado á los guardias y siervos del sumo sacerdote. Las lágrimas le velaron los ojos. Por una parte, hubiera querido defender al Salvador; por otra, obedecerle para no impedir la redención del mundo.

Poco después, el apóstol terminó su relato. Vinicio se hallaba otra vez en un estado de febril somnolencia. Oía de nuevo lo que había referido el apóstol en el Ostiano acerca del día en que Jesucristo apareció en el lago de Tiberíades. Veía una inmensa superficie de agua, sobre la cual navegaba una barca pescadora, con Licia y Pedro á bordo. Él nadaba con todas sus fuerzas en dirección á la barca, pero el dolor del brazo roto le impedía llegar. El viento lanzaba las olas contra él: viéndose perdido y á punto de hundirse en el fondo, pedía auxilio desesperadamente. Entonces Licia caía á los pies del apóstol, y éste, virando la embarcación, tendió un remo, al cual se asió Vinicio, logrando subir; después llegaron á tierra.

Luego soñó que se levantaba otra vez y veía la barca seguida de una gran multitud; casi todas las cabezas se iban sumergiendo entre las olas. Únicamente se destacaban sobre el agua algunas manos. Pero Pedro, de cuando en cuando, cogía



Sobre la orilla apareció una figura hacia la cual hizo proa el apóstol

á los que iban á ahogarse, y la embarcación, por un milagro, se agrandaba, adquiriendo en breve tiempo capacidad suficiente para contener á una muchedumbre tan numerosa como la que se había reunido la noche anterior en el Ostriano. Vinicio no sabía explicarse cómo podía la barca conducir aquella multitud siempre creciente y temía que todos iban á perecer; pero Licia le consolaba señalándole una luz que iluminaba el puerto, adonde se dirigían. Sobre la orilla apareció una figura hacia la cual hizo proa el apóstol. A medida que se iban aproximando, el cielo se serenaba, se amansaban las olas y la luz brillaba con más fuerza. Las personas reunidas en la barca cantaban armoniosos himnos, mientras la atmósfera se iba impregnando del perfume de los nardos. Las ondas formaban un hermoso iris, y sobre ellas flotaban rosas y lirios en gran profusión. Por fin, la barca atracó á la orilla, sana y salva. Licia, cogiéndole la mano, dijo: «Ven, quiero conducirte yo misma.» Y se encaminaron hacia la luz.

Vinicio se despertó otra vez; pero la impresión del sueño no se desvaneció en seguida, antes bien le dominó largo rato, sin dejarle volver á la realidad de la vida. Creyó encontrarse aún sobre el lago, en medio de una inmensa muchedumbre, entre la cual, sin saber por qué, buscaba á Petronio, extrañándole no verle por allí. La viva luz de las llamas del hogar, junto al cual no estaban ya los cristianos, le hizo volver en sí. Algunos trozos de olivo ardían bajo las cenizas; ramas de pino chirriaban alegremente, y al mismo tiempo iluminaban á Licia, sentada á poca distancia del lecho.

Su presencia conmovió profundamente al herido. Recordó que aquella débil muchacha había pasado la noche en el Ostriano y el día enteró velándole; y ahora, cuando todos yacían sumidos en el sueño, ella sola estaba á su lado. Sus párpados bajos y todo su semblante denotaban su cansancio; Vinicio no podía distinguir si dormía ó si estaba absorta en profundas reflexiones. Contemplaba su perfil, sus manos abandonadas sobre el regazo, y á su espíritu pagano acudió por primera vez la idea de que, además de la belleza exterior, existía otro género de belleza, casta y pura, asilo de un alma noble.

No se decidía á llamar cristiana á esa belleza; y sin embargo, no podía figurarse á Licia sin esa religión que practicaba. Pensaba que si ella, después de retirarse los otros, velaba sola junto al lecho de aquel que tanto daño le causara, era únicamente porque su fe se lo imponía. Y este pensamiento le desagradaba, por más que la doctrina le llenase de admiración. Hubiera preferido tener la convicción de que Licia procedía de aquel modo por amor hacia él, por amor á sus ojos, á su cara, á toda su persona; hubiera querido verla impulsada por aquel afecto que sintieron cuantas griegas y romanas ciñeron á su cuello los blancos brazos. Pero al mismo tiempo comprendía que si Licia hubiera sido lo que las otras mujeres, no le hubiera satisfecho como le satisfacía viéndola completamente distinta.

Nuevas impresiones, hasta entonces no sentidas por él, despertaron en su espíritu, hasta el punto de admirarse de sí mismo.

Levantando los ojos, Licia observó que Vinicio fijaba los suyos en ella. Se acercó al lecho.

— ¡Estoy contigo!

— ¡En sueños he visto tu alma!, respondió el enfermo.

XXVI

A la mañana siguiente Vinicio se despertó algo débil, pero tranquilo y sin fiebre. Creyó que un ligero murmullo le había desvelado y miró en torno, no encontrando á Licia. Ursus, de rodillas delante del hogar, buscaba los carbones encendidos entre las cenizas; al encontrarlos se puso á soplar con toda la fuerza de sus pulmones. Vinicio, recordando cómo había matado á Crotón aquel hombre, lo contempló detenidamente, como conocedor de luchas y pugilatos, admirando aquellas espaldas ciclópeas y aquellos poderosos miembros.

«Gracias sean dadas á Mercurio que me defendió de sus garras, pensó Vinicio. ¡Por Pólux! Si todos los licios son como éste, mucho les queda aún que hacer á las legiones danubianas.»

Después le llamó:

— ¡Eh, tú, esclavo!

Ursus se volvió y le dijo sonriendo, casi en tono familiar:

— Dios te dé buen día y buena salud, señor; pero yo no soy esclavo, sino libre.

Estas palabras produjeron buena impresión en Vinicio, que quería hacer á Ursus algunas preguntas acerca de la patria de Licia, porque hablar con un hombre libre, aunque de inferior condición, era para su orgullo de romano y de patricio menos repugnante que conversar con un esclavo, al cual ni la ley ni la costumbre reconocían una naturaleza humana.

— ¿De modo que tú no perteneces á Aulo?

— No, señor; yo sirvo á Calina, como serví á su madre, por mi espontánea voluntad.

Hablando así, sopló otra vez el fuego, en el que había echado más leña. Después añadió:

— Entre nosotros no hay esclavos.

— ¿Dónde está Licia?

— Ha salido y yo estoy aquí para prepararte algún alimento. Ella veló toda la noche junto á tu lecho.

— ¿Y por qué no la has substituído algunas horas?

— No ha querido y yo debo obedecerla.

Sus ojos adquirieron una expresión de tristeza, y después de un instante prosiguió:

— Si no la hubiese obedecido, tú no vivirías á estas horas.

— ¿Te sabe mal no haberme matado?

— ¡Oh, no, señor; Cristo nos ordena no matar!

— Pero ¿Atacino y Crotón?

— No pude hacer menos.